

La protección policiaca en torno a Johnson es una de las mayores que haya tenido nunca un Presidente. La Casa Blanca está sobrevolada por helicópteros; los cristales de las ventanas de su despacho tienen varias pulgadas de espesor; gigantescos guardaespaldas, con revólveres al cinto, le acompañan a la iglesia...

NI UN CRUZADO NI UN IDEALISTA

EL Presidente de los Estados Unidos vive en una atmósfera de patente y escandaloso poder que puede horrorizar a los que creen que un jefe de Gobierno debe contentarse con una casa en una calle de segundo orden, un coche «Daimler» y un detective.

Durante todo el día, enormes helicópteros zumban sobre las cabezas de los turistas que cruzan el césped de la Casa Blanca. En el despacho privado del Presidente, magnetófonos escondidos funcionan permanentemente. Los cristales de sus ventanas tienen varias pulgadas de espesor. Cuando sube a un automóvil, una caravana de coches le sigue. Cuando va a la iglesia en Johnson City, hombretones curtidos, con revólveres, se sientan

en los bancos a su alrededor y vigilan a los asistentes —generalmente señoras ancianas— por encima de sus devocionarios.

Adonde vaya, autobuses llenos de periodistas le siguen. Cuando su avión despegue, un avión lleno de periodistas y fotógrafos espera a ver si se estrella. Cuando se encuentra en su rancho, las carreteras cercanas son interceptadas. El propio rancho es una casa de tamaño modesto, con cinco dormitorios, pero ahora, en un costado, un poste cuajado de antenas sube hasta el cielo. Los helicópteros rodean la casa y vigilan desde el aire detrás de las edificaciones de la granja, y hombres con camisas de cuello abierto y llevando emisoras portátiles patrullan por el jardín.

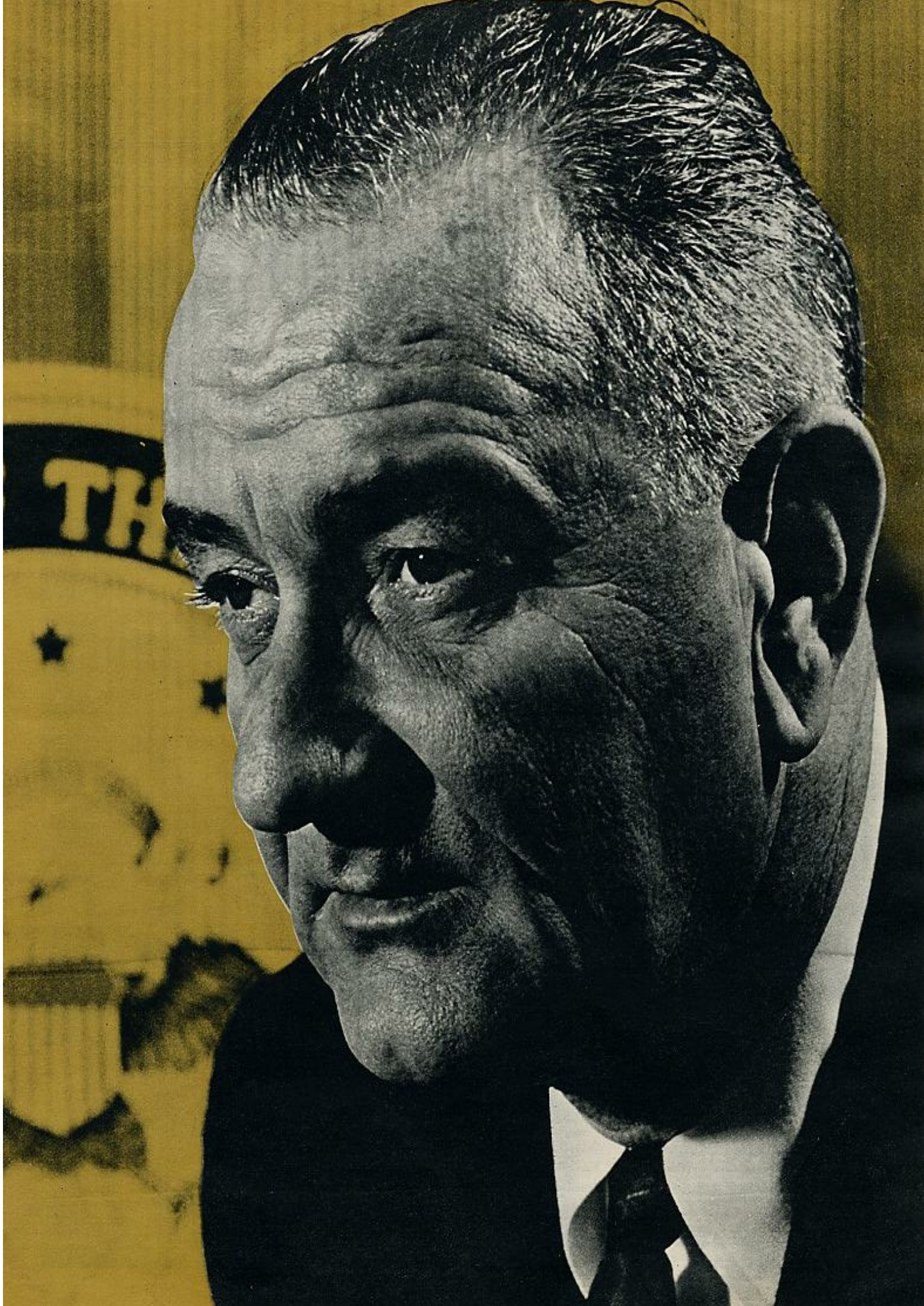
Cuando está nadando, un teléfono flota junto

Por **MICHAEL DAVIE**

a él en la piscina. Cuando regresa a Washington, su enorme avión a reacción despegue de la base aérea de Bergstrom, donde las filas de plateados aviones «B-29» —llevando cada uno de ellos, según se dice, más potencia de fuego que la que se utilizó durante toda la segunda guerra mundial— esperan sus órdenes al sol. Todo esto es visible; pero es sólo un fragmento en comparación con lo que no se ve.

Ningún Presidente ha sido tan poderoso como Johnson porque ningún otro Presidente ha dispuesto de tan gran arsenal y de

SIGUE



tanto control sobre el Congreso. No hace mucho, un profesor kennedysta escribió un convincente libro titulado «El estancamiento de la democracia» que demostraba que los Estados Unidos eran ingobernables porque el Presidente tenía poco poder para conseguir que las leyes fueran aprobadas en el Congreso. Con Johnson, los proyectos de ley son aprobados a tal velocidad que los votantes apenas si se dan cuenta.

El diario espectáculo de Johnson en acción, alarma a algunos norteamericanos. Han oído decir que es extremadamente irascible; están seguros de que sabe mucho menos de lo que un Presidente norteamericano *tendría* que saber en estos tiempos sobre política extranjera; creen que ya ha demostrado, en Santo Domingo, cierto gusto por el despliegue súbito de las fuerzas armadas norteamericanas; le ven dispuesto a enviar cantidades de tropas cada vez mayores, así como armas, a Vietnam; saben que los republicanos piden bombardeos más intensos en Vietnam del Norte, y saben que Johnson es muy sensible a las presiones políticas locales; y tienen miedo de lo que este hombre puede ser capaz de hacer.

Naturalmente, nadie puede prever qué efecto tendrán siete años más (tiempo que con razón puede esperarse que Johnson permanezca en el cargo) controlando este monstruoso aparato sobre la peculiar psicología de Lyndon Johnson. También es cierto que nadie parece haber sido capaz de calibrarle exactamente hasta ahora o de creer que le comprende, a pesar de que lleva treinta años en Washington. Aún así, aquellos que se alarman ante él o que sienten escepticismo acerca de su capacidad parecen —a un observador neutral— estar juzgando al animal por su comportamiento en la dehesa y no según su actuación en la pista.

Ya no puede dudarse razonablemente de la gran capacidad de Johnson, ni ha habido ninguna duda real desde el principio. Cuando Kennedy fue asesinado, Johnson se enfrentó con la prueba más dura y repentina para la sangre fría y capacidad de un nuevo Presidente que podía imaginarse, salvo una crisis internacional del tipo de la de Cuba. Todo el mundo está de acuerdo —hasta los kennedystas que le observaron desde el interior de la Casa Blanca— que su actuación en aquellos primeros días fue casi impecable. Desde entonces, ha puesto en movimiento lo que va pareciéndose cada vez más a una revolución nacional. Nadie puede demostrar esta excepcional habilidad y ser a la vez un hombre estúpido e imprevisor o un pensador tosco.

Tampoco puede darse por sentado que es un Presidente que actúa de forma impulsiva. Al contrario, en los asuntos nacionales existen suficientes pruebas de que toma sus decisiones con lentitud. En cuanto a la política exterior, los ejemplos que se citan generalmente en apoyo de la teoría de su impulsividad no la demuestran en realidad. Naturalmente, esta evidencia procede de la propia Administración de Johnson y es, por

★

El asesinato de Kennedy llevó a Johnson al poder. Continuar en él fue su tarea en 1964, año de nuevas elecciones; antes de ellas, el Presidente, desarrolló una gran actividad propagandística en compañía de su mujer, con la que aparece en la foto superior tras un día de discursos en el Estado de Nueva York. Abajo, Johnson en el entierro de Kennedy. En USA comenzaba una nueva etapa.

tanto, parcial. No obstante, por lo menos consigue que la teoría de la impulsividad no quede demostrada. Lo que sí indica es que Johnson puede tener tendencia a conceder excesiva importancia a las consideraciones políticas internas a la hora de tomar decisiones en política exterior.

Está en primer lugar la cancelación de las visitas oficiales a Washington de Ayub Khan, de Pakistán, y de Shastri, de la India. La explicación habitual es que Johnson no pudo soportar

la idea de que viniera una pareja de asiáticos a sermonearle sobre Vietnam en su propia casa. Dentro de la Casa Blanca se nos da una perspectiva diferente. Las visitas habían sido preparadas en todos sus detalles por la maquinaria burocrática y ascendieron de una mesa a otra hasta el Presidente. Los que prepararon las visitas tenían su propio horario, que era el de los que preparan las visitas oficiales, pero el Presidente tenía un horario muy distinto: el de un legislador.





La familia Johnson «posa» en Washington. Los Johnson no han conseguido integrarse en la vida de la capital. A pesar de su elevado puesto, lo «tejano» persiste.

Johnson estaba tratando de conseguir que el Congreso aprobara el proyecto de ley de ayuda extranjera y consideraba que sería mejor para él, y de paso mejor para Shastri y Ayub Khan, que las visitas esperaran hasta después de la aprobación del proyecto en vez de celebrarse mientras estaba todavía pendiente de aprobación. Shastri hablando sobre Vietnam y Ayub Khan discutiendo acerca de sus visitas a Pekín no iban a estimular, en opinión de Johnson, que el Congreso aprobara la entrega de dinero. De acuerdo con esto, se efectuaron sondeos en Nueva Delhi y Karachi; los respectivos embajadores norteamericanos se horrorizaron; la prensa se enteró y se produjo el escándalo.

Vino después el asunto de Santo Domingo. En este caso, la decisión de enviar un pequeño ejército parece haber sido motivada por algo no más complicado (ni más sofisticado) que la creencia de que era mejor usar la fuerza primero y desenredar el problema después que correr el riesgo de encontrarse con otro Castro —o con alguien que los republicanos podrían describir como otro Castro— en una zona que, políticamente, era excesivamente sensible.

Parece posible, dadas las líneas generales de la naturaleza de Johnson actualmente, después de año y medio largo en la presidencia, que estas explicaciones no estén muy alejadas de la verdad. Porque Johnson, en primer lugar y quizá en último, es un animal puramente político, la misma

especie de criatura, calculadora y cautelosa, que Mac Millan y Wilson.

El Presidente no cree en abstracciones. No es un idealista ni un cruzado. No tiene una visión privada exclusiva del futuro. Es un ingeniero político, un hombre que construye cosas, que sabe lo que puede funcionar, que conoce bien la relación entre las partes móviles de la maquinaria política norteamericana, que puede calcular cuánto aceite hay que echar y en qué orificio en Washington para que las ruedas giren en Wyoming o Arkansas. Si puede, evita la lucha. Si puede, negocia. Y cuando lo hace, se conforma con lo que consigue.

Johnson parece más semejante a su único héroe, Franklin Roosevelt, que a sus inmediatos predecesores. Como Roosevelt, a veces juega con dos barajas, o sea, que persigue dos políticas alternativas al mismo tiempo con diferentes grupos. Como Roosevelt, tiene la mirada fija en el próximo escalón más bien que en el plan a largo plazo. Como Roosevelt, a veces emprende una ruta subterránea para llegar a sus objetivos. Puede estar haciendo una cosa sobre la mesa con las manos y otra cosa debajo de la mesa con los pies.

La elección del senador Hubert Humphrey como su vicepresidente es un ejemplo claro. Todo el verano pasado, antes de que la campaña presidencial comenzase, los Estados Unidos estuvieron atentos esperando que Johnson anunciara la elec-

ción del que podía llegar a ser su sucesor. Pasaron los meses y Johnson parecía inclinarse tan pronto hacia un candidato como hacia otro hasta que por último, a finales de agosto, anunció que había escogido a Humphrey. Sin embargo, algunas personas cercanas al Presidente ven ahora claramente, mirando hacia atrás, que ya estaba decidido en la Pascua anterior. Entre Pascua y agosto, Johnson animó a toda clase de gente a que fueran a presionarle para que escogiera a Humphrey.

Este tipo de maniobra en busca de su amado «consenso» es algo natural en Johnson. Es un conciliador profesional. Todo Washington está ya harto de la palabra consenso, pero esto indica lo que busca el Presidente, posiblemente hasta el punto que le hace creer que su verdadera misión como Presidente es arreglar los Estados Unidos, no el mundo exterior.

En su empeño de conseguir la unidad nacional, por ejemplo, posiblemente uno de sus mejores logros es haber convencido a los hombres de negocios norteamericanos de que está a su lado. Considerando que, simultáneamente, ha conseguido la aprobación de un programa legislativo de seguro médico (conocido anteriormente como «medicina socializada»), educación, leyes para combatir la pobreza, y subsidios federales para construcción de viviendas —todas ellas medidas consideradas tradicionalmente por los ne-

SIGUE

gociantes norteamericanos como golpes mortales al sistema de libre empresa— esto resulta un ejemplo notable de mano izquierda.

La mayoría de los hombres de negocios norteamericanos son republicanos. Odiaron a Roosevelt, detestaron a Truman y desconfiaron de Kennedy, quien les pagaba en la misma moneda («hijos de perra» llamó en cierta ocasión a los magnates del acero). Pero Johnson, colaborador íntimo de los tres, ha convencido al mundo de los negocios de que la conservación de los recursos humanos—que de otra forma se desperdiciarían— es tan importante para la buena salud la economía norteamericana de libre empresa como la explotación de los recursos naturales y que, a la larga, producirá resultados tangibles en las cotizaciones de Bolsa de Wall Street.

Parece querer dedicarse a los problemas nacionales más serios. Dentro de los Estados Unidos, ningún problema es más serio que el de los negros, que acecha, como una bomba de relojería, en los cimientos de la sociedad norteamericana. La desaparición de la desigualdad política de las leyes norteamericanas, que ahora es total, puede ser seguida por la revolución de costumbres necesaria para borrar la desigualdad de la sociedad norteamericana? ¿O dividirá la nación la acucianante demanda de igualdad de los negros?

En este aspecto el Presidente está mostrando claramente que se prepara para enfrentarse seriamente con la tarea nacional más difícil que haya emprendido jamás ninguna Administración norteamericana desde que Lincoln salvó la Unión. Como senador, Johnson hizo más que nadie por

dividir al sólido Sur en la cuestión negra. Como Presidente, ha formulado una legislación completa que garantizará a todos los negros sus plenos derechos políticos. Ahora ha comprometido a su Administración en la tremenda, y posiblemente desesperanzada tarea, de transformar el puesto que los negros ocupan en la sociedad, y que está íntimamente relacionada con los problemas—casi tan difíciles de manejar— de la decadencia de las ciudades norteamericanas y el aumento de la pobreza.

Johnson, el sudista, se ha comprometido a algo que hubiera sido inconcebible para Kennedy, el norteño. Puede decir sin exageración que se ha designado a sí mismo como líder de la causa de los negros. Parece determinado a enfrentarse con nada menos que con la corrosiva herencia de la esclavitud.

Los fracasos de Johnson en el ámbito nacional son por comparación relativamente poco importantes hasta ahora, aunque pueden adquirir mayor trascendencia con el paso del tiempo. En primer lugar, ha demostrado una misteriosa incapacidad para entenderse con los periodistas. En general, no le respetan. Su otro fracaso ha sido con la familia Kennedy y sus adictos. Existe una barrera emocional entre él y el senador Robert Kennedy. Todos sus esfuerzos para atraer a la señora Kennedy a la órbita Johnson han fracasado. Como una reina viuda en el exilio, ella espera en la Quinta Avenida a que se produzca la restauración en el trono de la dinastía. La familia Kennedy está surgiendo como la oposición dentro del partido demócrata.

Es posible que de la misma forma que ha sorprendido a la gente con su esclavitud ante el mundo de los negocios y ante los negros, pueda sorprenderlos también, a largo plazo, con su actitud frente al comunismo. Precisar las actitudes abstractas que mueven a un hombre no dado al pensamiento abstracto es difícil, pero posiblemente la actitud de Johnson ante el mundo comunista es la siguiente: No se limita a ser un impasible soldado. Cuando llegó a la presidencia, hizo todo lo posible para continuar la coexistencia con la Unión Soviética comenzada por Kennedy y Krushchev. Consideraba cualquier empeoramiento de las relaciones ruso-norteamericanas como achacable totalmente a los rusos. Cree que el comunismo ha cambiado y opina que cambiará todavía más con el tiempo. Estaría completamente de acuerdo con Alexis de Tocqueville en que «la revolución democrática es la tendencia más permanente que se encuentra en la Historia».

Johnson no comparte la tradicional postura norteamericana—la del avestruz— ante la China comunista. Según me han dicho, él hubiera querido ir mucho más lejos que Kennedy y estaba dispuesto a admitir a China en las Naciones Unidas. Está dispuesto a tratar con China como una gran potencia.

Al mismo tiempo, «muestra una vehemente determinación», como expresaba uno de sus ayudantes, a oponerse a la agresión comunista. Pero le sería difícil definir lo que él entiende por «agresión», o establecer los criterios por los que puede identificarse cuando ocurre; sin embargo, seguramente diría que se ha producido, durante su per-

En la Convención nacional del partido demócrata, en 1960, que se celebró en el Sports Arena de Los Angeles, Johnson no logró sus propósitos de acceder a la candidatura.



manencia en el cargo, en Santo Domingo y Vietnam.

Le gustaría comerciar con el Este, y continúa manteniendo totalmente en serio su oferta de invertir mil millones de dólares norteamericanos en el delta del río Mekong para producir alimentos y agua a una escala que dejaría pequeña a la Tennessee Valley Authority. «Nada le gustaría más que conseguir la interrupción de las luchas y que los nordvietnamitas aceptaran su ofrecimiento de construir embalses juntos, y lo mismo los chinos si querían unirse a ellos», me decía uno de sus consejeros sobre el Sudeste asiático.

Parece que hay dos aspectos contrarios de la naturaleza de Johnson luchando en este problema, operando dentro del sistema de necesidad que le ha atrapado en Vietnam. Por una parte, teóricamente, le gustaría entenderse con todo el mundo. Por otra parte, es como un hombre que va por un camino de frontera y siente que debe estar constantemente preparado por si alguien le ataca.

Es un hombre prudente, pero su prudencia es distinta de la cautela. Esto puede inducirle a ver problemas donde no existen, o al menos que no existen en la forma que él cree, como en Santo Domingo.

Se enorgullece de su capacidad para absorber insultos verbales, ya vengan de De Gaulle o de los chinos. sin contestar con la misma moneda. Pero cuando considera que se está atacando a los Estados Unidos, se vuelve semejante al lagarto tejano que, cuando se le ataca, lanza sangre por los ojos. Cuando los rusos dispararon contra un avión norteamericano en el pasillo de Berlín, reaccionó muy violentamente. Cuando los patrulleros del Vietnam del Norte atacaron destructores de la Sexta Flota, devolvió el golpe atacando sus bases.

«Tira la pistola y nos entenderemos», parece ser una de sus actitudes básicas. Cuando los panameños se rebelaron por lo que consideraban un insulto a su bandera y el Gobierno de Panamá rompió luego las relaciones con los Estados Unidos, pidiendo la revisión del tratado sobre el Canal, Johnson, con una rudeza que Kennedy no hubiera usado, dijo que los Estados Unidos no discutirían nada hasta que las relaciones se restaurasen, pero que entonces discutirían cualquier cosa. En este caso, como en el de la cancelación de la visita de Shastri, el Presidente parece prestar poca atención a las sensibilidades que puedan ser heridas por la ejecución de lo que él considera como la correcta política norteamericana.

Sin embargo, tanto en los asuntos nacionales como en los extranjeros, uno de sus puntos fuertes es su capacidad política para comprender los problemas y presiones de los demás. Ha tratado de evitar que aumenten las dificultades de Rusia acerca de Vietnam. Comprende a los diputados revoltosos de Mr. Wilson. Se da cuenta de que el problema de Vietnam debe desenmarañarse no sólo sin perjuicio para los Estados Unidos, sino también sin perjuicio para China.

Cree, cuando trata con las personas, que éstas no reaccionan ante los argumentos, sino sólo ante las presiones. En esta zona puede residir una debilidad de Johnson. Es completamente posible que, como un hombre que maduró en los años treinta, no comprenda la clase de fuerzas que se han desencadenado en el exterior de los Estados Unidos en los años sesenta. A pesar de haber estado en contacto toda su vida con mejicanos en su estado natal de Tejas, puede no apreciar la hostilidad cultural que los iberoamericanos sienten hacia los norteamericanos. De una manera semejante, y en este momento más seria, es dudoso que comprenda lo que atiza el nacionalismo asiático. Se siente un extraño y un desvalido, y parece no ser capaz de darse cuenta de que otros pueden mirarle desde otro punto de vista.

Parece que existe una debilidad más dentro de

EL INCREIBLE L. B. J.



Arriba: Eisenhower y Johnson, dos Presidentes con afinidades. Abajo: Johnson y Humphrey en Atlantic City (New Jersey), aceptan el nombramiento como candidatos para las elecciones de noviembre en 1964.



la actual estructura del Gobierno de Johnson. Se dice generalmente en Nueva York que necesita un nuevo secretario de Estado. Dean Rusk, aunque paciente y lúcido, es ampliamente considerado como un hombre débil. El Presidente Kennedy siempre tuvo el deseo de que Rusk se mostrase más decidido, y se dice que el secretario Mac Namara tuvo también siempre el mismo deseo. Tal como están las cosas, el aspecto político de la guerra en Vietnam atrae menos atención y ejerce menos presión al nivel presidencial que el aspecto militar de la guerra, un defecto que quizá fue iniciado por Kennedy y heredado, sin ser corregido, por Johnson.

Entonces, ¿por qué Johnson no sustituye a Rusk? La respuesta puede estar en la lealtad de Johnson hacia los que le son leales. Rusk, cuando Johnson era vicepresidente, le trataba bien y le mantenía informado. Esto solo pudiera no haber sido bastante para salvarle si recientemente Rusk no hubiese sido atacado por los que Johnson considera como sus enemigos. Cuando esto ocurre, Johnson cierra filas.

M. D.

FIN DE LA SERIE

Copyright 1965 by THE OBSERVER-OPERA MUNDI.
Derechos para España de la Agencia F.B.I., en exclusión para TRUNFO.